

Henriot estaba terrible. Se le encontraba en París, fuera de París, en todas partes, caracoleando, con el sable desnudo.

Payan, en la Comuna, demuestra la impaciencia de su temperamento ardiente. Sin motivo convoca á la Comuna los cuatrocientos ó quinientos comités revolucionarios. El comité de Salud pública portóse enérgicamente y anuló la convocatoria.

El comité, con el propósito de debilitar á Henriot, envió fuera de París la mitad de los artilleros de las secciones. Henriot se enciende en ira.

Otro elemento militar peligrosamente combustible era la creación de la escuela de Marte. Tres mil muchachos, hijos de *sans culottes* ejercitábanse bajo las órdenes de David y Lebas. Para ejercer influencia en esta escuela quedóse Lebas en París, en lugar de Saint-Just. Comunicaba á las jóvenes tropas su fanatismo por Robespierre, fanatismo ardiente, sincero, por lo mismo más contagioso. Era fácil imaginar que en caso de colisión la guardia nacional se dividiría pero la escuela de Marte se colocaría al lado de Robespierre.

Los comités, contra estas fuerzas, no tenían seguridad alguna, como tampoco la tenían contra el cuerpo de policía especial, mandado por Heron, entregado en cuerpo y alma á Robespierre.

Sin embargo, hicieron cosas en que revelaron verdadera energía.

1.º Vadier propuso y la Asamblea lo aceptó que cuantos obreros hubiera detenidos serían puestos en libertad.

2.º Declararon la supresión del negociado de *policía robespierrista*.

Estas medidas los hubiesen perdido sino hubiesen tomado otras verdaderamente terribles. Eligieron de los presos *ciento treinta y ocho aristócratas* para ser ejecutados. Amar, Luis, Dubarrau, Voulland, Ruhl, firmaron por el comité y enviaron la lista para que la firmara Robespierre. Con esto se cubrían. Si se les acusaba de indulgentes podían mostrar la lista.

Estas medidas vigorosas despertaban al partido robespierrista y lo lanzaban en la carrera de la acción.

Habían ocurrido ya hechos pequeños que revelaban la existencia de un estado morbosos.

¿De donde saldría el primer chispazo? Seguramente de la Escuela de Marte.

El comité temía la propaganda que se hacía entre los alumnos.

Hizo una cosa habilísima. Los cañones que dejaron abandonados los artilleros que partían, los enviaba á la escuela de Marte para sus ejercicios. Ya se ha demostrado la afición de nuestros soldados por la artillería.

Para la gente de dieciseis años, verse en posesión de un cañón era una locura. Acariciaba esto la vanidad de la Asamblea. Los alumnos, pues, comenzaban á poseer su confianza.

Las quejas formuladas por Couthon en los jacobinos respecto á la in-

utilidad de la escuela y de los cañones confiados á ellos fueron desoídas.

Todo esto ocurría el 5 Thermidor. El mismo día se denunció á la Convención que se había detenido el paso de unas cajas de pólvora por la frontera.

Robespierre se presentó al comité. Esto causó asombro. ¿Qué quería? ¿Ganar tiempo antes de la llegada de Saint-Just?

No lo creo. Su carácter era distinto, no era hombre de acción. Lo que quería hacer era probar si ejercía aún su imperio sobre los asistentes al comité.

Iba armado, dispuesto á atacar á Carnot y al mismo comité ya que la ocasión se le venía á las manos.

«¿Por qué debilitó al ejército de Fleurus?» Saint-Just quejábase amargamente en sus cartas. Robespierre tenía documentos suficientes para intentar el proceso de Carnot. Había tomado plazas marítimas al enemigo, Wiuport, con una fuerte guarnición inglesa en su interior, pero esto era precisamente lo que abrumaba al comité. El representante Choudien, aun siendo hebertista, no creyó oportuno obedecer el decreto ordenando que no se había de aprisionar á ningún inglés vivo. El comité aprobó la conducta de Choudieu.

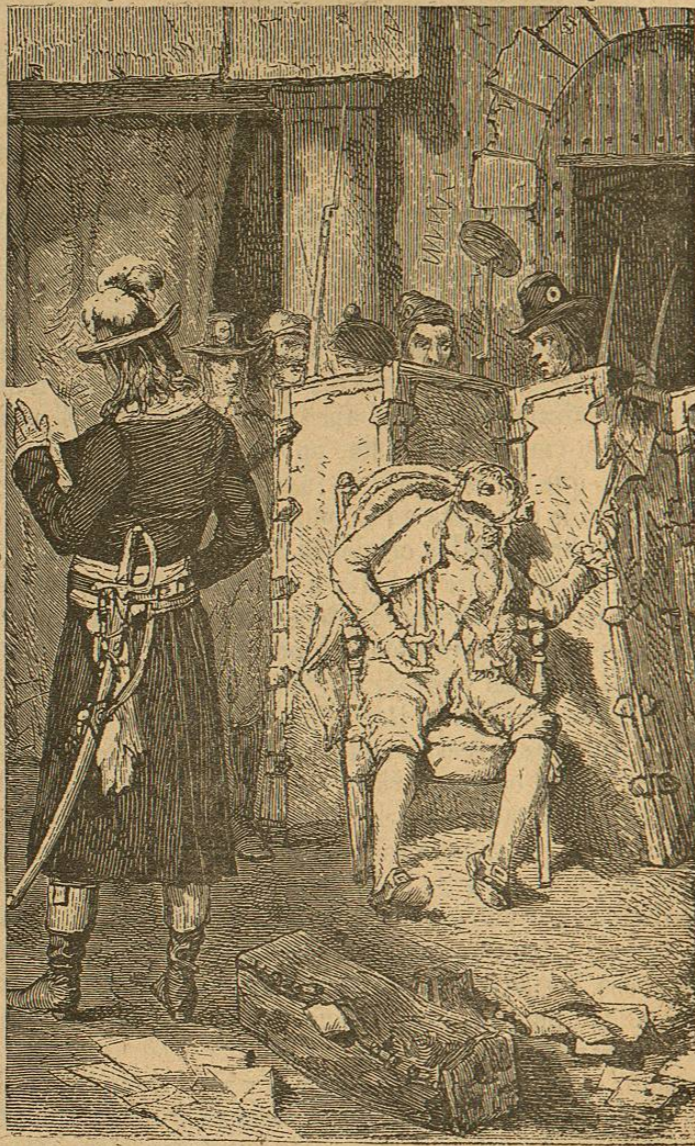
Robespierre habló de los crímenes de Pitt, de la conducta de Inglaterra... de la guerra que se hacía á la Revolución, y pidió que reflexionaran los patriotas acerca de todos estos funestísimos peligros. Lloró. Sus lágrimas, en otro tiempo hipócritas, entonces sinceras, conmovieron á todos. Unos y otros, hay que decirlo, Robespierre y sus enemigos llevaban grabada la República en el corazón.

Collet-d'Herbois, excesivamente sensible, se arrojó á los pies de Robespierre y le suplicó que tuviera piedad de la patria. ¿Debía escucharlo Robespierre? ¿Podía hacerlo? Robespierre no solo era un hombre, era un sistema. Su fatalidad era seguir el camino de la depuración. Aun cuando volviera atrás no hubiera encontrado más que las desconfianzas sembradas por su conducta. Había sembrado la muerte moral por todas partes. A los representantes se les acusaba por medio de centenares de voces que se ocultaban detrás de Robespierre, constituyendo en la personalidad de éste, una especie de realeza judicial, un trono de hierro para juzgar á la Convención,

El mismo, monárquico de nacimiento y arrastrado hacia el ideal republicano había perdido todo su valor, toda su fuerza. Dudaba por el momento del gobierno colectivo; no creía que la nación pudiera regirse sin la asistencia de un médico único que le aplicara los remedios científicos.

Ayudados sus amigos por las circunstancias, fué fácil llegar hasta la dictadura. Parecíale á Robespierre un mal necesario. Para adquirir la fuerza de esta dictadura, era necesario destruir otras dictaduras, quiero decir á Carnot, que era el dictador de la guerra y Cambon que o era de las fianzas.

No era posible hacer la paz. «¿Qué pide Robespierre?» «Vuestras cabezas.»

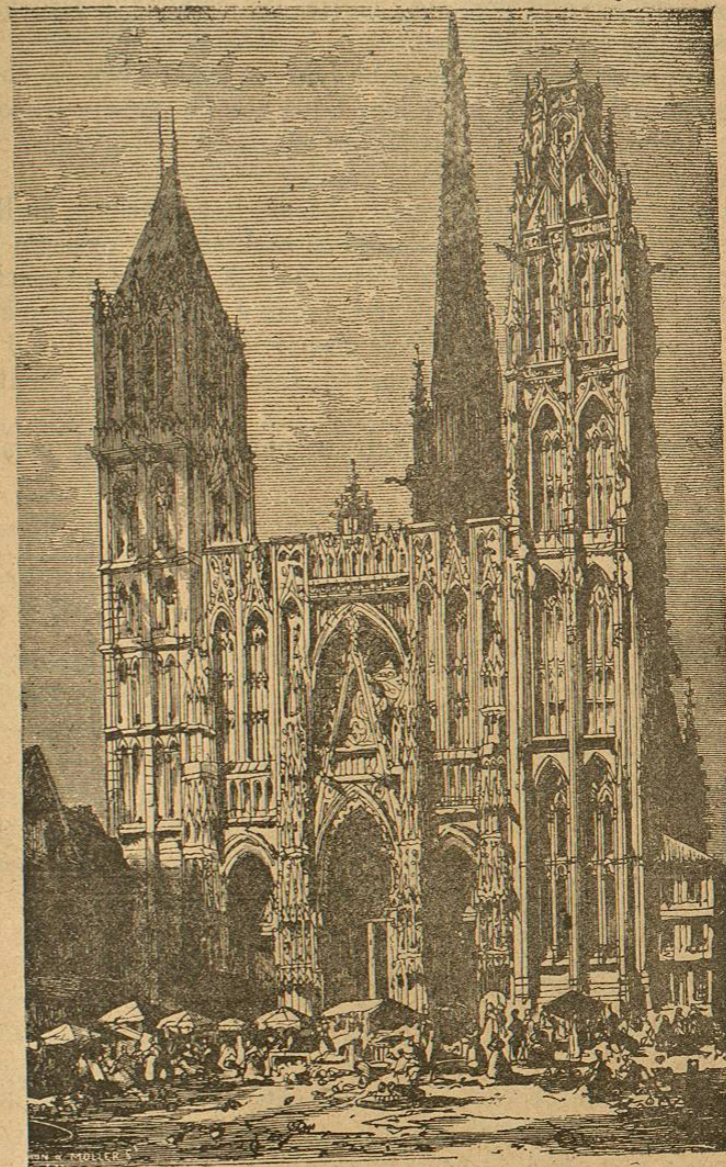


Una visita domiciliaria.

Nombró algunos representantes, Leonard Bourdon, Freron, Panis, Dubois-Grancé, Fouché, Favogues y Granet.

Esta lista no indicaba visiblemente los nombres de los que se quería ejecutar. Faltan los más importantes: Billaud-Varennes su rival del

terror Bourdon, *el Rojo*, su condenado interruptor, Lecointre, que tantas veces le atacara, Merlin de Thionville que gozaba de grande popu-



La catedral de Beauvais.

laridad militar. Faltaba la larga vista de los hebertistas, dantonistas, maratistas, Ruamp que con un grito detuvo la ley de Pradeal; Bentabolé, Sergent, Panis. ¿Estas lejanas antigüedades del 92 podían creerse seguras?

Si los comités consentían á lo pedido por Robespierre, si entregaban la Asamblea á Robespierre, se entregaban ellos mismos.

Emplearon más firmeza de lo que se esperaba. Elías Lacoste atacó á Robespierre por que arrojaba contra los comités la responsabilidad de las medidas revolucionarias.

Robespierre prometió que Saint-Just concertaría con los comités un informe general sobre la situación. Unos y otros se aproximaron y se comprendieron. ¿Quiénes llegarían primero para destruirse?

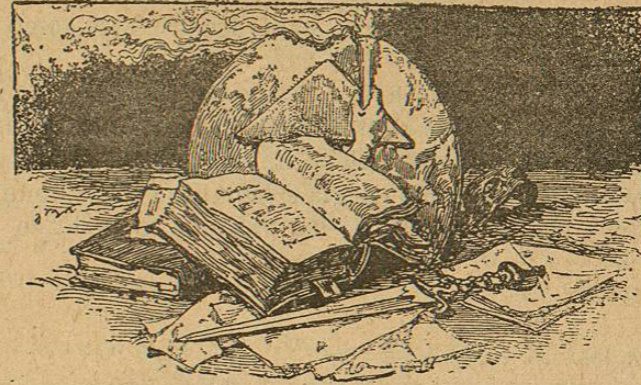
Esta era la única cuestión.

La sola novedad que se observaba era la reaparición de Robespierre, la seguridad que Barere expresó en la Asamblea respecto á la perfecta unidad del gobierno. Esto aterrorizó á la Montaña, especialmente á los cinco ó seis miembros que creían iban á perecer los primeros.

Couthon en sus homilias decía despreciativamente *cinco ó seis*.

Tallien, Freron, Fouché, Courdon, Lecointre tenían asiento en los comités.

Acordaron defenderse y dirigir el puñal contra el corazón del tirano.



CAPITULO II

Discurso acusador de Robespierre.—La Asamblea se niega á imprimirlo (8 Thermidor, 26 Julio 94)

Ultimo discurso de Robespierre (8 Thermidor).—Su apología.—Sus acusaciones.—Acusa especialmente á Cambon.—Acusa á los comités y á una coalición.—La Asamblea acuerda que se imprima el discurso.—La Asamblea se rectifica.

Robespierre preparó durante un mes su discurso. ¡Esperaba de él grandes resultados!

Acusaba solo claramente á Carnot. Lo demás era vago, atacaba á los *indulgentes*. Era necesario estar al corriente de la polémica de la época para saber que designaba á Fouché y á Dubois-Grancé. Estos eran los que los jacobinos habían tachado de *indulgentes*.

Dubois-Grancé contestó á la calumnia lanzada por Robespierre. La Convención tomó con calor este asunto y ordenó que se abriera una información, ya que iba envuelta en él la responsabilidad de cien representantes.

Barere se dirigió á Saint-Just que ya había regresado del campo de batalla y le suplicó. Todas las esperanzas se desvanecieron. La reconciliación era un imposible.

El discurso de Robespierre, especie de tela de Penélope habla más al porvenir que á la Convención. ¿Era un testamento de Robespierre? ¿Era un discurso sencillamente para la crisis política?

La primera equivocación que cometió fué la de hablar el día 8, después de la victoria de Barere, quien proclamó desde la tribuna la ocupación de Amberes por nuestras tropas. Amberes vale por toda la Bélgica y más cuando se hacía una guerra esencialmente inglesa. En aquellos momentos acusar á Carnot era como aparecer envidioso.

Su discurso era un volumen. Trataremos solo los puntos principa-